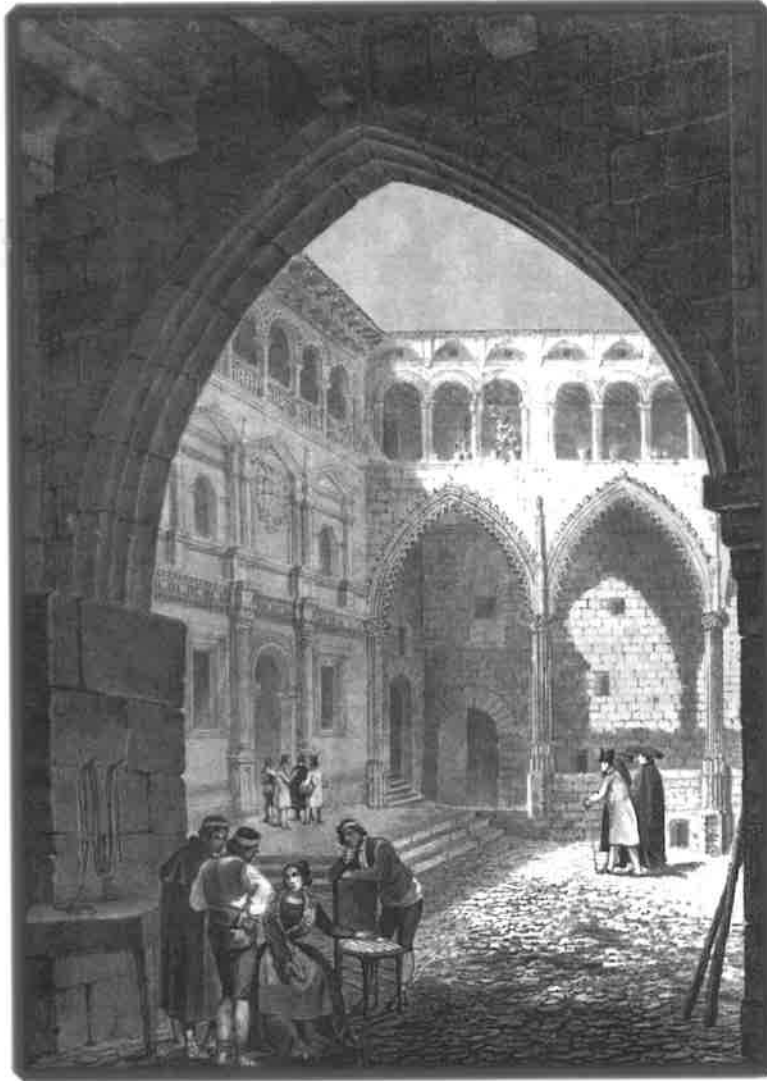


Āl-Qanniš

TALLER DE ARQUEOLOGIA DE ALCAÑIZ

القانيش



ACEITE, CARLISMO Y CONSERVADURISMO POLÍTICO El Bajo Aragón durante el Siglo XIX

Pedro Rújula López, coordinador

■ Antonio Peiró Arroyo ■ Carlos Franco de Espés ■ Vicente Pinilla Navarro ■ Herminio Lafoz Rabaza ■ José Ramón Villanueva Herrero ■ Carmen Frías Corredor ■ Montserrat Serrano García ■ Ignacio Peiró Martín ■ Ignacio Micolau Adell ■ Antón Castro

INDICE

	<u>Pág.</u>
HISTORIA DEL BAJO ARAGÓN, LA HISTORIA EN EL BAJO ARAGÓN <i>Carlos Forcadell Alvarez</i>	7
INTRODUCCIÓN <i>Pedro Rújula López</i>	15
ESPECIALIZACIÓN PRODUCTIVA Y CRISIS SOCIAL: LA TIERRA BAJA EN EL OCASO DEL ANTIGUO RÉGIMEN <i>Antonio Peiró Arroyo</i>	17
REMIENDOS, FREIRES Y RENTAS. EL SEÑORÍO DE ÓRDENES EN LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN <i>Carlos Franco de Espés</i>	31
VIEJAS INSTITUCIONES EN UNA NUEVA ECONOMÍA: EL PÓSITO DE ALCAÑIZ EN LOS SIGLOS XIX Y XX <i>Vicente Pinilla Navarro</i>	57
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN EL BAJO ARAGÓN <i>Herminio Lafoz Rabaza</i>	77
MOVIMIENTOS CONTRARREVOLUCIONARIOS EN EL BAJO ARAGÓN: REALISMO, CARLISMO Y DESCONTENTO CAMPESINO <i>Pedro Rújula López</i>	85
LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA EN EL BAJO ARAGÓN: EL REPUBLICANISMO FEDERAL <i>José Ramón Villanueva Herrero</i>	113
TURNO Y CONSERVADURISMO EN LA PROVINCIA DE TERUEL (1875-1907) <i>Carmen Frías y Montse Serrano</i>	133
EL CULTIVO DE LA HISTORIA: LAS PRIMERAS HISTORIAS MUNICIPALES DEL BAJO ARAGÓN <i>Ignacio Peiró Martín</i>	145
EL LICEO DE LA UNIÓN: TEATRO Y SOCIEDAD EN EL ALCAÑIZ ROMÁNTICO <i>Ignacio Micolau Adell</i>	163
RAMÓN CABRERA: LA LITERATURA Y EL HÉROE <i>Antón Castro</i>	173



RAMÓN CABRERA: LA LITERATURA Y EL HÉROE

Antón CASTRO



Ramón Cabrera (1806-1877) no se lo puso fácil a los historiadores. O tal vez dejó de sí mismo un perfil, una sombra, las huellas de un hombre feroz, sanguinario, la caricatura de un soldado terrible capaz de llenar los páramos y las mansiones de sangre enemiga. Quizá con muy pocos personajes del siglo XIX haya sido más cruel la Historia y sus testimonios. Parece como si su pálida fotografía o la memoria de sus gestas sólo invocasen una riada de crímenes, un torrente de sucesos espantosos, casi una personalidad macabra. Y nada más lejos: Cabrera, *el tigre del Maestrazgo*, ha sido una de las criaturas más ricas y apasionantes de su tiempo, con una complejidad humana e incluso sentimental que no se puede reducir a un muestrario de epítetos negativos. Algunos autores como Conxa Rodríguez Vives en *Ramón Cabrera a l'exili* (Biblioteca Serrad'or, 1989) han intentado huir de ese corsé incómodo e inexacto y han apostado por una interpretación desenvuelta de tópicos y más honda. La rebeldía y la heterodoxia conformaron una parte sustanciosa de su carácter.

Cabrera no fue un vulgar asesino ni un militar sanguinario, aunque a menudo sus actuaciones —su severidad con las armas y con los enemigos, su tozudez infinita— no facilitan un mirada serena ni permiten elogio alguno. Hemos de mirar más adentro, en el epicentro de sus paradojas y de sus contradicciones. El carlismo, amén de otros matices, respondía a dos principios: el absolutismo y una religiosidad exacerbada. Cuando lo vemos en la trastienda del campo de batalla o al margen de la guerra de guerrillas, levantando el polvo de los caminos y reventando las trochas de la serranía, nos enfrentaremos a otro hombre: ya no es el combatiente aficionado a las orgías y tal vez sátiro (los periódicos liberales no dudaron en inventarle una biografía abultada de desmanes e impiedad, foráneos como George Borrow en *La Biblia en España* lo pusieron como un trapo y lo saludaron al grito de «infame y

miserable asesino»), sino un adalid preocupado de los suyos, el protector de los soldados, el padre de tantos rostros sin nombre entre el estrépito de la pólvora y las horas amargas del asedio. Fue, como suele ocurrir con estos guerreros insaciables, atrapados hasta la obsesión por una única idea, un caudillo espectral que resultaba por igual nostálgico e implacable, fatigado y enérgico, bromista y rencoroso, proclive al ocultamiento pero siempre sagaz en la estrategia.

Estamos ante el héroe literario por excelencia de las guerras carlistas. Más legendario e inabordable que Zumalacárregui, fallecido por sorpresa tras una infausta herida en 1835, más que Juan Cabañero, aquel guía de oscura intención que fue expulsado de Zaragoza bajo una lluvia incesante de aceite ardiente, más que Espartero, su enconado rival en el bando de los liberales, o aquella pléyade de generales y brigadieres que respondían a nombres extranjeros como O'Donnell, Van Halen, Oráa, O'Callagan, jefe del fortín de Cantavieja y fiel anotador de partes y opiniones en el *Boletín*; Baroja reseña su origen irlandés, la desconfianza que suscita y su célebre avaricia. ¿Por qué Ramón Cabrera fascinó tanto a los escritores? La respuesta no es simple, pero está claro que el poder de seducción del militar catalán reside en que su trayectoria no puede entenderse sin una previa reflexión, sin una minuciosa observación de su tumultuosa existencia y de sus actos. En él todo se mezcla hasta adensarse: la villanía, la furia, el sentido de la emboscada, la iracundia y el encarnizamiento por la defensa de un ideal, la ternera hacia los suyos, su inclinación hacia la barbarie, su tristeza de prócer moribundo que huye de mil intentos de envenenamiento, los muertos de su mano, su desdén, su astucia inacabable.

Pocos, muy pocos escritores le han hecho ascos a su figura y a su leyenda. Algunos han colaborado a magnificarla, otros a denostarla. Fue objeto de folletines



Ramón Cabrera y Griño. Conde de Morella.

como *Un paseo por los puertos de Beccite* de Lorenzo Grafulla, en el cual su presencia se hace obsesiva y se mezcla con botánicos como Francisco Loscos; Manuel Polo y Peirolón publicó en 1906, en Valencia, una biografía novelada: *El guerrillero*, y también así puede calificarse el volumen del narrador de éxito Mariano Tomás, *Ramón Cabrera, historia de un hombre*. Existieron cronistas que documentaron e inventariaron sus pasos y gentes extranjeras (Charles Gruneisen, Waldo Frank, Edward Kirpatrick, etc.) que hallaron en sus aventuras un indicio más del talante romántico y oscuro de España en un tiempo en que nuestro país era como un paraíso silvestre por descubrir, una reserva insólita de tipos, de hábitos y de historias menudas. Desde su infancia en Tortosa, donde había nacido en 1806, nada en él fue previsible. Su padre era marino mercante y hubo de llenarle la cabeza de hazañas marítimas, de sueños y travesías por el Mediterráneo. Sin embargo, la vocación religiosa de su madre le reservaba un regate del destino e ingresó en el Seminario de Tortosa, donde estuvo a punto de ordenarse sacerdote. Le faltó menos de lo que se piensa para convertirse en párroco, aunque todos sus biógrafos matizan que no le apasionaban los rezos o la fe, sino que prefería la vida disoluta, un cierto libertinaje y las frecuentes reuniones con los círculos liberales. Su ingreso en el bando carlista resulta sorprendente, pero luego seguirá causando asombro la determinación de su defensa, la intensidad de su fidelidad hacia Carlos V, al que sigue por aquí y

por allá en un viaje inacabable por España y especialmente por el Maestrazgo. Se sabe —o al menos las leyendas locales del Bajo Aragón y del Maestrazgo redundan en ello— que se encontró con su monarca soñado en la Casa Matutano de La Iglesuela del Cid, que ambos estuvieron en la posada de Ejulve, que el joven brigadier tuvo casa en Rubielos de Mora y una mansión ornamentada con cuadros, angostos corredores y camas de cuadernas labradas en Cantavieja. Se sabe que el pretendiente a la Corona y su entusiasta acólito deambularon por Mosqueruela, Mirambel, Fortanete, Aliaga. Y ese momento brillante, que sella no sólo la brillantez del militar sino los lazos inquebrantables del afecto, se produjo con la toma de Morella en 1838. Esa conquista, que incluía una sobria y enhiesta fortaleza y vastos dominios en tierras de Castellón y Teruel, le trajo a Cabrera un nombramiento importante: el de teniente general. A partir de ahí, entre tarascada y tarascada, pudo disfrutar de la montaña, de sus pequeñas fábricas de armas, de sus periódicos, de sus tretas, de sus esporádicas amantes. Su sentido de la estrategia, su inteligencia reptil y abrumadora no le sirvieron de nada, porque Espartero recuperó en mayo de 1840 aquella plaza.

Eso sí, a nadie se le escapan algunos detalles esenciales de su biografía. Parece ser —es una mera apariencia: las guerras civiles son como perras rabiosas y sin dueño, como animales exasperados y ciegos que desconocen la compasión— que el fusilamiento de los alcaldes de Torrecilla y Valdealgorfa, ordenado por él, abrió la espiral del infortunio (o del mito) para Cabrera. Al poco tiempo Espoz y Mina, aconsejado por el general Nogueras, capturó a su madre y la mandó matar, sin autorizarle ni siquiera unos rezos antes de entrar en la larga noche de la muerte. Fue el 16 de febrero de 1836 en Tortosa. Mariano José de Larra, que se interesó por el general carlista aunque con evidente menosprecio, teorizó a propósito de este suceso:

...hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que así como Sansón tenía la fuerza en el pelo, los fácciosos tienen el veneno en la madre que viene a ser la hiel de ellos; en quitándosela se vuelven como malvas: así lo ha probado la experiencia porque de resultados el otro no ha fusilado más que a treinta. ¿Quién sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía?

La Generación del 98 tuvo una verdadera fijación por Ramón Cabrera. Y en general, su visión no se aparta mucho de la presentación de un líder afecto a la crueldad, a la intriga y a las represalias. Valle Inclán, en sus entregas de *El Ruedo Ibérico*, lo cita de pasada, casi como si fuese un elemento del recuerdo y de la conseja del carlismo más fiero. En *Gerifaltes de antaño* recuerda su nombradía y alude, en correlación con otro



Vista de Cantavieja.

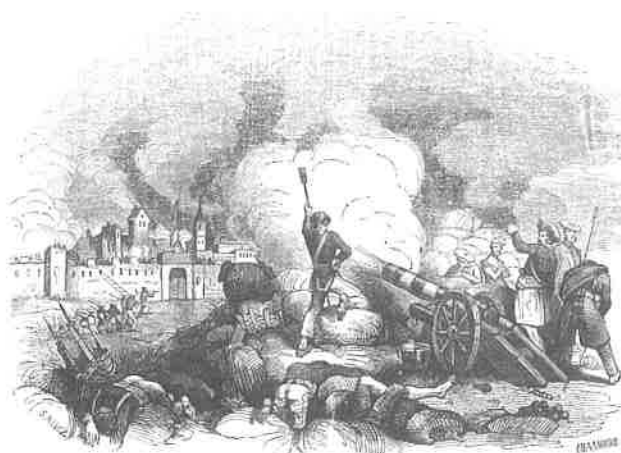
personaje, a su traición y a su lealtad a la causa. Sólo al final de su vida, como se sabe, *El tigre del Maestrazgo* cedió ante los liberales. Acomodado en Londres y casado con una apacible burguesa, Marianne Catherine Richards, renunció a su heroísmo remoto y reconoció la figura de Alfonso XII. Era su última travesura anunciada dos años antes de morir. Valle, en su espléndida *Sonata de invierno*, también se hace ecos del guerrero tortosino. En una conversación entre el Marqués de Bradomín y el Rey, dice éste:

— Conozco que has hablado con Cabrera. Esas ideas son tuyas. Cabrera, ya habrás visto, se declara enemigo del partido ultramontano y de los curas facciosos. Hace mal, porque ahora son un poderoso auxiliar. Créeme, sin ellos no sería posible la guerra.

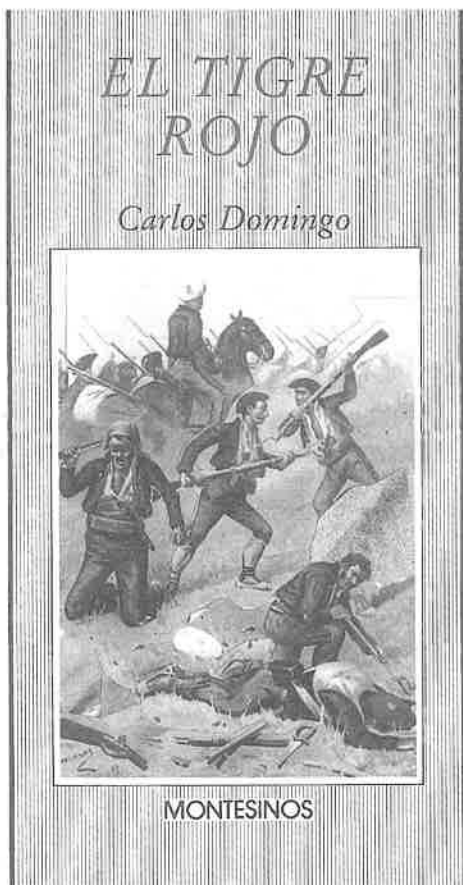
— Señor, ya sabéis que el general tampoco es partidario de la guerra.

Miguel de Unamuno, en sus ensayos y en fragmentos autobiográficos, lo compara con el Cid Campeador, lo parangona a «un Cid vivo que había de volver el mejor día con su caballo, para resucitar el mundo encantado del heroísmo, en que la ficción se baña de realidad y en la que las sombras viven».

Quien peor lo trata es Pío Baroja. El escritor vasco se aproxima a Ramón Cabrera en varias de sus novelas de estirpe carlista, de afirmación vasca, pródigas en aventuras y celadas, aunque sin duda es *La Venta de Mirambel* donde ofrece una mirada más severa y desdenosa al general. No le da ni una oportunidad y alaba,



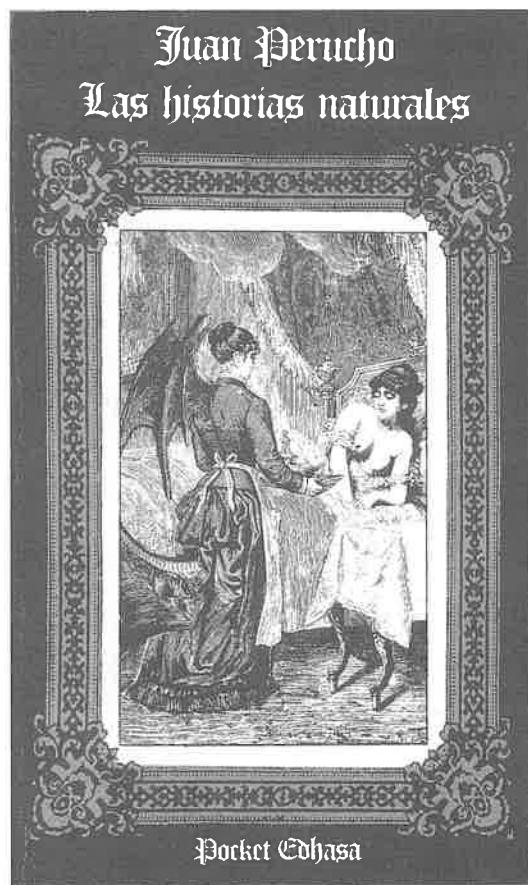
Escena del ataque carlista a Gandesa.



*Cubierta de la novela de
Carlos Domingo titulada El tigre rojo.*

casi por contraposición, a los mandos carlistas de la zona (sobre todo a Carnicer, oriundo de Alcañiz, y jefe de Cabrera hasta ser abatido, pero también a Quílez, el militar de Samper de Calanda, con los que acabaría enfrentado). El elogio a éstos no debiera menoscabar a Cabrera, al fin y al cabo fueron figuras importantes favorecidas por una muerte prematura, pero Baroja lo desprecia. O es con él de una rigurosidad marmórea. Igual que otros resaltaron su indiferencia hacia los valencianos, Pío Baroja hace hincapié en su antiaragonésimo:

Cabrera no tenía simpatía por los aragoneses. Dos jefes no se rindieron inmediatamente a su ambición de mando y hasta se le pusieron en frente: Carnicer y Quílez, los dos aragoneses; al primero, según el rumor popular, lo denunció el mismo Cabrera cuando iba camino de Navarra, del segundo, le libró una bala enemiga. (...) Carnicer y Quílez, buenos militares, hombres honrados sin maquiavelismo, no tenían gran genio militar ni mucha suerte, Cabrera, por el contrario, era un buen táctico, un maquiavélico intrigante, con una ambición terrible y al menos en la primera parte de su vida de una suerte extraordinaria.



Cubierta de Historias Naturales, de Juan Perucho.

Carnicer y Quílez dos tipos de aragoneses medio castellanos no podían luchar con el tortosino lleno de doblez y de malicia y al mismo tiempo de ambición y furor. Cabañero tampoco.

Curiosamente, según refieren los cronistas, Cabrera mandará matar al hijo de Juan Cabañero, el militar de Urrea de Gaén que intentó tomar Zaragoza siguiendo las órdenes de *El Tigre del Maestrazgo*. Las razones obedecieron a una sospecha de desertión de la causa carlista, algo que también hizo Cabañero después. El retrato más demoledor del general aparece unas páginas más adelante. Es casi un compendio de exactitud histórica, de talento en el arte de la fisionomía y de mala leche.

Cabrera tenía por su tipo, por su crueldad, por su ímpetu algo de africano. Era bilioso, inquieto, cruel y declamador. Su valor, su arrogancia, su genialidad militar y política, su histrionismo, le hacían un hermano de raza del general Prim. Cabrera era un condotiero feroz, teatral y alegre, obligado por las circunstancias a hablar de una manera sacristanesca e hipócrita. Era una mentalidad estrecha y una fisiología admirable. Como hombre de

presa no tenía rival. Era el más felino de todos los guerrilleros españoles.

Baroja explica la animadversión que se le tuvo a Cabrera en el Maestrazgo, donde forjó su leyenda, especialmente en Mirambel y en Cantavieja. Otro autor más reciente como Antonio Gala, sin embargo, sostiene una opinión contraria. En el retrato que hizo de Cabrera para la serie *Si las piedras hablaran*, dice el personaje a propósito de la villa murada cuya Casa del Bayle habitó:

Quiero que se reparen las murallas, las construcciones, los caminos: que se instale una fábrica de fundición y artillería. Se trabajará día y noche, no sea que nos sorprendan desprevenidos. Premiaré a los activos y castigaré a los remisos. Cantavieja será el centro del que irradie mi fuerza. ¡Adelante! Todo tiene que concluirse en quince días.

Lo cual no fue suficiente para que el general no abandonase la villa (y con ello la redacción del *Boletín*, la escuela de Humanidades y la fábrica de armas) de un modo inolvidable y virulento: le prendió fuego y la dejó a merced de las llamas en su precipitada huida. Para entonces ya era conde de Morella. Cuando se firma la tregua, *el abrazo de Vergara* (Logroño) en 1839, Cabrera no lo aceptó (el armisticio reconocía a Isabel como reina legítima y abortaba las tesis carlistas) y continuó en la lucha. Esa actitud constituyó una nueva señal de su rebeldía y de su independencia, aunque no tardaría en verse obligado a huir hacia Francia, a pesar de su entrada triunfal en Burjasot, donde dicen que de nuevo mandó ajusticiar a los oficiales y sargentos enemigos, y en Berga.

Benito Pérez Galdós trató la figura de Cabrera por extenso. Es un protagonista asiduo de sus *Episodios nacionales*, especialmente de *La Campaña del Maestrazgo*, aunque puede decirse que interviene en muchos textos de las series tercera y cuarta. Su descripción del militar abunda en el alto concepto que tenía de sí mismo Cabrera, pondera su lucidez y su coraje guerrero, pero también critica su intransigencia, su apetito de sangre, su descarnada crueldad. Escribe:

Don Ramón Cabrera, hombre que por su inteligencia comprensiva, su voluntad potente y sus dotes de organización, había nacido para las más altas empresas. Su inquietud continua, la palidez de su rostro, el estado nervioso y febril en que de ordinario se encontraba no era más que la impaciencia loca para llegar a donde quería ir, el sentimiento entre la desproporción entre sus facultades y la poca materia gobernable que cogía entre sus manos. (...) Su crueldad es la irritación contra el género humano porque no se le somete de golpe.

Entre las visiones más amables, menos planas, destaca la de Juan Perucho que le ha dedicado a *El Tigre*



Cabrera en el lecho preso de la enfermedad al final de la guerra.

del Maestrazgo algunos artículos magistrales en la prensa, pero sobre todo muchas páginas de su admirable libro *Las Historias naturales*, un volumen de narraciones con un hilo argumental que participa del apócrifo, del juego de los espejos, de la pura especulación imaginativa. Desde el tercer capítulo, aparece un conde de Morella en su castillo, presto a avanzar hacia Gadesa. No es exactamente el batallador firme, el guerrero invencible, sino que una misteriosa enfermedad lo retiene en el lecho o lo deja temblando en sus estancias nocturnas. Un médico prodigioso como Antonio de Montpalau, catalán, experto en conjuros y ungüentos, capaz de espantar el diablo y los sortilegios oscuros del destino, conocedor de paisajes como Calaceite, La Codoñera o Alcañiz, le salva la vida. Otro personaje peculiar de la narración es el príncipe Félix María Lichnowsky, que dejó memoria de su estancia en España: *Souvenirs de la guerre civile en Espagne*. En una nota final del índice onomástico, Perucho ironiza respecto al militar: «Posteriormente se casó y vivió en Londres, rodeado de *setters* con *pedigree*». Su retrato del general es espléndido, jugoso en matices, en contrastes, en sabiduría expresiva y anímica. Secundado por sus fieles generales Forcadell y Llagostera, Cabrera se siente abatido la inmediata expedición a Gadesa.

Una mirada enérgica y vivacísima animaba su rostro curtido por todos los vientos del bajo Aragón y del Maestrazgo; y su palabra, inflamada por una vida heroica y tras-humante, adquiría acentos patéticos y grandiosos, proverbialmente convincentes, cuando se dirigía a la tropa o a las poblaciones conquistadas.

Posteriormente, la trama más o menos fascinante del libro deriva hacia su misteriosa postración. Perucho agrega enigma y lirismo a su invención:



Fotografía que muestra un Cabrera de cierta edad.

El general Ramón Cabrera se encontraba realmente muy enfermo. Sus médicos estaban desesperados: no sabían lo que le pasaba. La tropa murmuraba: se decía que algún traidor envenenaba al general. Las operaciones quedaban, prácticamente, en manos de Forcadell y Llagostera, los cuales sudaban sangre para mantener un plan coherente de defensa. (...) El conde de Morella, en aquellos momentos, se hallaba sentado en su despacho, con la faz lívida, exangüe, con la cabeza apoyada en un cojín. Sufrió unas periódicas pérdidas de sangre, muy misteriosas. El hecho era evidente. Lo que intrigaba, no obstante, a los médicos era por dónde la perdía. Para contrarrestar la anemia le daban a beber repetidamente medios cuartillos de sangre de cabrito y le daban a comer carne cruda bien trinchada. Todo era inútil.

Cabrera fue paseado por el territorio de las batallas en literas, fue arrastrado, casi desahuciado, por sus soldados. A veces se le dio por muerto, otras por endemoniado o víctima de algún infame maleficio. Perucho conocía muy bien todos estos datos y los utiliza a su modo, con ingenio y afán de divertimento. Las referencias al general Cabrera no se agotan con estos escritores. Son múltiples y muchas esquemáticas, pasajeras, como tomadas a vuela pluma. Un escritor más moder-



Retrato de Marianne Catherine Richards, esposa de Cabrera.

no como el novelista valenciano Carlos Domingo ha recreado su vida en *El tigre rojo* mediante un sutil artificio: uno de sus soldados, de origen foráneo, narra su existencia, los grandes hitos de convulsa existencia, inscrita en un poderoso momento romántico. No es un panegírico pero tampoco participa del escarnio: es un relato equilibrado y fresco, apasionante, que aborda los grandes momentos del general y de aquel periodo español de fratricidios, desde una perspectiva que no elude la ficción. Un personaje lo define así:

Ha conseguido (Cabrera) una curiosidad común, y en cierto sentido, admiración universal, y demuestra ser un político hábil, según observo, para gobernar a los habitantes de sus dominios, con cierta equidad y dulzura, e inteligencia para saber no aprovecharse y vivir a sus expensas y fortunas ni grabarlos con exacciones..., sin embargo, siempre posee la capacidad de sorprenderme, de no encontrar explicación a sus asombros, un hombre que no tiene los estudios y conocimientos de ciencias militares y políticas.

Otros dos escritores próximos —Ramón Mur y Eloy Fernández Clemente— se han acercado a la órbi-

ta del personaje. En *Sadurija* de Mur, una novela de la vida de la saga Membrado a lo largo de 300 años, aparece Cabrera estrechamente vinculado a la estirpe. Eloy Fernández, por su parte, es el autor de un guión cinematográfico que no llegó a rodarse sobre Ramón Cabrera: *Cabrera. La guerra del Maestrazgo*. El proyecto, que iba a desarrollar José Antonio Vizárraga con José Antonio Labordeta como protagonista, está paralizado, pero el texto es ágil, riguroso, historicista e intenta dar una visión exacta de la complejidad apasionante de este personaje que terminó sus días hirviendo en la pura paradoja: renunció a sus gestas de antaño y aceptó a Alfonso XII como monarca. El viejo y abur-

guesado militar, gozosamente casado en Londres, ya no se parecía en nada a aquel indómito guerrero que sorprendió al mundo por su coraje, su arrogancia, su fogosidad y su sentido de la estrategia. Parecía haber olvidado no sólo su participación en la primera guerra carlista, sino su indeseada fuga, su retorno desde Inglaterra en 1848 para participar en *la guerra dels Matiners* (de los madrugadores) y su reaparición fugaz, exenta de entusiasmo y de convicción, hacia 1870. Parecía haber olvidado los fastos y los actos que un día habían hecho de él carne de literatura, estampa y contradicción de una España ensangrentada y legendaria.

